

# Reproducción

Número 111. — Tomo VI.

25 de Julio de 1924.

---

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

---

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ó Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

No. III \* 25 de Julio de 1924 \* Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

---

---

Mediante nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro olfato, nuestros sentidos todos, estamos sin cesar almacenando inconscientemente innumerables impresiones. Si de algún modo—en el sueño normal, en el estado hipnótico o en los estados de semi-vigilia—se nos revelan estas impresiones, quedamos perplejos, maravillados y listos a acoger como buena la primera superchería que nos soplen al oído.

No es solamente pueril creer en las predicciones infundadas: es sumamente peligroso.

E. J. R. (*Curso de Higiene del Liceo de Costa Rica; año 1896*).

## La premonición en el sueño <sup>(1)</sup>

por Auguste Cumière

Correspondiente nacional de la Academia de Medicina de Francia

¿Cómo puede concebirse en el hombre la posibilidad de una facultad singular que le permita prever du-

---

(1) *Le Mercure de France*, Julio de 1923.

rante un sueño acontecimientos que tendrán lugar en el porvenir, si estos acontecimientos dependen de circunstancias fortuitas que no obedecen a ninguna ley y que están únicamente ligadas por el azar?

Por muy preparado que se esté para considerar como incompletos los conocimientos actuales; a pesar de la disposición a elevarse contra el dogma científico y admitir que los problemas actualmente considerados como insolubles serán un día resueltos, la credulidad tiene sus límites, motivo por el cual nosotros consideramos que la previsión de hechos que son el resultado de circunstancias puramente accidentales, debe atribuirse, la mayoría de las veces, a simples coincidencias, más bien que a una facultad misteriosa del cerebro humano.

Indudablemente la invocación de energías ocultas para explicar las premoniciones es mucho más simple que la investigación de las verdaderas causas. Las tendencias que tenemos a aceptar las soluciones que no exigen ningún esfuerzo, nos impulsan a atribuir estas manifestaciones a fuerzas

desconocidas, porque, una vez admitidas, no es necesario fatigarse para comprender estos fenómenos.

Parécenos imposible que espíritus científicos puedan tan fácilmente contentarse y es por esto por lo que desde hace algunos años hemos intentado descubrir algunas de las razones de estas premoniciones en el sueño, a veces tan impresionantes.

Sometiéndolas al análisis nos ha parecido que podían atribuirse a causas reales o a coincidencias.

Cuando se relacionan con hechos reales, no son premoniciones propiamente dichas, puesto que estos hechos son anteriores a los ensueños que les conciernen; su mecanismo parece poder explicarse de esta manera:

Sin darnos cuenta, por ejemplo, nuestros sentidos pueden ser impresionados por una conversación entre dos personas que hablan a nuestro lado de un asunto cualquiera, al que nosotros no prestamos atención. El cerebro es susceptible de recibir la impresión dura-dera de estas sensaciones auditivas sin que conscientemente conserve el recuerdo en el estado despierto; durante el sue-

ño, este registro /subconsciente, esta submemoria, son susceptibles de manifestarse por ensueños relativos a los acontecimientos que en nosotros habían dejado sus trazas sin que lo hubiéramos advertido. Cuando por primera vez se conocen estos acontecimientos, queda úno sorprendido de haberlos «previsto» en sueño.

Personalmente he tenido la ocasión de observar por dos veces, hace de esto algunos años, estas pseudo-premoniciones.

Durante una comida en familia, uno de mis parientes anunció a la persona que se encontraba a su lado el fallecimiento imprevisto de un personaje político conocido. En ese momento, mi atención estando sin duda fija en otra cosa, la noticia me pasó inadvertida; a la noche siguiente veo en sueño, sobre un catafalco, al personaje en cuestión, y cuál no sería mi estupefacción al día siguiente al leer en la prensa la confirmación de lo que había soñado!

De esto a creer que se trataba de premonición o de una facultad telepática supranormal, no había más que un paso. Yo no lo he franqueado.

Inmediatamente he interrogado a las personas que me rodean y no me ha sido difícil descubrir el encadenamiento de los hechos, que no podían ser más naturales.

Algún tiempo antes había soñado que me hallaba en Africa en donde había presenciado la devastación por la langosta de regiones enteras, y 48 horas después leí en los periódicos la noticia de los estragos causados en Argelia por este insecto. Como en el caso precedente, no se trataba de premonición; buscando la causa del sueño terminé por encontrarla. La víspera, uno de los periódicos de la noche había sucintamente anunciado la plaga, y este suelto me había, con toda seguridad, pasado ante los ojos. Investigando he podido comprobar que efectivamente recordaba admirablemente bien los dos artículos entre los cuales se encontraba la noticia que, sin dejar de impresionar mis sentidos, no me había dejado ningún recuerdo consciente.

Con otros autores, desde luego, he podido comprobar que los hechos que han solamente rozado nuestro espíritu

son más tarde objeto de un ensueño, como reminiscencias inconscientes.

No cabe duda que si se buscara la génesis de ciertas premoniciones, su carácter metafísico desaparecería por lo menos en la mayoría de ellas.

En los otros casos nosotros creemos que se trata de coincidencias.

Las más sorprendentes premoniciones son las concernientes a la muerte de seres queridos; pero es necesario examinar el valor de estas previsiones. Durante mi existencia he soñado por lo menos cincuenta veces con la muerte de uno de mis parientes, sueños que felizmente no han sido confirmados por la realidad. A este propósito he interrogado a un cierto número de personas que me han asegurado haber soñado cosas análogas pero que jamás fueron realizadas; mi investigación, que por lo tanto comprende un gran número de ensueños de muerte, no me ha revelado una sola premonición. Si se considera el conjunto de los habitantes del globo, llegaremos evidentemente, durante una generación, a un número de ensueños de esta índole que se contará por millares; y como siempre

alguien muere a un momento dado, no cabe duda que entre la cantidad inmensa de ensueños puede haber algunas coincidencias.

Los metafísicos citan por cientos estas falsas premoniciones, que deben todavía ser más numerosas si nos basamos sobre el solo cálculo de probabilidades; el azar es ampliamente suficiente para explicar las concordancias que fatalmente deben producirse.

El argumento primordial de los autores que creen en las premoniciones, consiste en la invocación de la precisión de los detalles que se comprueban en la realización ulterior de las moralejas de los ensueños. Con este objeto, el Profesor RICHET cita el ejemplo siguiente: una persona sueña que a media noche un incendio se declara en su barrio, que se levanta inmediatamente y se dirige al lugar del siniestro, en donde encuentra al Prefecto de policía calzado con dos zapatos distintos: una zapatilla en un pie y una botina en el otro. Quince días después, esta persona ve su sueño realizado en todos sus detalles; despertada por el ruido, comprueba que una casa próxima está

en llamas, y se dirige al lugar del incendio, en donde encuentra al Prefecto calzado de la manera que su premonición había indicado.

¿Es posible que simples coincidencias puedan explicar las concordancias fortuitas de un acontecimiento?

Los metafísicos responden negativamente y atribuyen estas concordancias a fuerzas ocultas. Esta afirmación constituye una opinión dada sin ninguna prueba. En lo que nos concierne, nuestra opinión es contraria, porque, entre los hechos que en número incalculable sobrevienen cada día en el universo, es inevitable que algunos concuerden con los ensueños por el simple juego del azar.

En apoyo de nuestra opinión recordaremos que todo observador encontrará en su existencia coincidencias todavía más sorprendentes que las que han sido citadas y que sin embargo no requieren ninguna intervención intelectual, ninguna fuerza desconocida; no son ni ensueños ni premoniciones y dependen únicamente de una simple casualidad.

Como ejemplo citaremos dos casos comprobados por nosotros mismos:

El domingo 19 de julio de 1921, habiendo entrado en un cinematógrafo de Lyon, nos encontramos con una sala casi completamente llena, ocupada por lo menos por mil espectadores; en la fila de butacas que precede la nuestra viene a sentarse un matrimonio.

La Señora que se coloca delante de nosotros tiene en la mejilla izquierda una cicatriz al nivel del lóbulo de la oreja; esta cicatriz forma un triángulo con una pequeña base vertical de cinco a seis milímetros de largo aproximadamente y una altura de dos centímetros. Cinco minutos después vemos llegar una familia de tres personas, entre las cuales un joven de dieciséis a dieciocho años que, entrando él primero en la misma fila por el lado opuesto, viene a sentarse en la butaca contigua a la de la Señora mencionada. Coincidencia! este joven tiene en la mejilla izquierda, al nivel del lóbulo de la oreja, una cicatriz triangular idéntica a la de la persona que se encuentra a su lado.

Así, pues, el mismo día, a la misma

lesión, que era benigna, cura rápidamente, y el herido, después de una corta convalecencia, es nuevamente incorporado y enviado al campo de operaciones. Un año después, el 7 de noviembre de 1915, vuelve a ser herido por casualidad en la misma pierna y la llaga es idéntica a la primera; el azar de las evacuaciones hace que sea dirigido a Lyon, y entre los numerosos hospitales de esta población, lo dirigen al Hotel-Dieu, y en este Hospital de 1.200 camas es, por azar, recibido en la misma sala de San Luis.

El conjunto de estas notables coincidencias sorprende al personal de servicio, que no cesa de relatar el hecho.

Un año más tarde hemos oído narrar este caso a una enfermera, que afirmaba de buena fe que el soldado había sido herido en el mismo pueblo y que las dos veces había sido hospitalizado en la misma cama. Por su propia autoridad y por una exageración muy humana, a los acontecimientos por sí solos singulares, ella añadía dos coincidencias más a las ya muy extraordinarias que eran reales.

Por estos motivos las narraciones de telepatía y premonición deben ser aceptadas con toda reserva, y esta reserva es tanto más necesaria cuanto que el narrador está preparado, a causa de su credulidad, a la deformación instintiva de los hechos en el sentido favorable a la tesis del misterio y de las fuerzas ocultas.

Parécenos completamente inútil el recurrir a energías desconocidas para explicar estas pseudo-premoniciones que el solo hecho de las coincidencias y del azar es suficiente para hacer comprender de manera satisfactoria.

Añadiremos que propagando la creencia en las premoniciones puede a veces cometerse una mala acción, como por ejemplo, en las circunstancias siguientes:

En octubre de 1917, sueño que conduciendo un automóvil, entro en colisión con otro vehículo, mi coche se hace pedazos y dos parientes míos que se hallan dentro son gravemente heridos. Algunos días después encuéntrome precisamente en una situación crítica, parecida a la que mi ensueño me había mostrado y que ne-

cesitaba, para evitar un grave accidente, una decisión instantánea tomada con la mayor sangre fría. Si en ese momento yo hubiese creído en las premoniciones, con toda seguridad me habría emocionado y no habría procedido con la imperturbable serenidad que exigía la situación peligrosa en que me encontraba. Mi premonición, puedo casi afirmar que habría sido realizada.

La creencia en la premonición puede pues, en ciertos casos, ser la causa de su realización, y esto es una razón más para no cultivarla.

---

---

## Los Grandes Hombres de Francia en el siglo XIX

Fragmento de un artículo de Eça de Queiroz,  
de hace 32 años.

Francia está en este momento ocupada en comprobar con veracidad, pero con método, cuáles son sus grandes hombres. Este inesperado e interesante examen de consciencia está limitado

al siglo XIX y su motivo fué la decisión tomada por el Gobierno de la República de fundar un Panteón Nacional donde esos grandes hombres (o más bien sus huesos), después de bien escogidos y bien purificados, descansan en paz y gloria, *requiescant in pace et gloria*.

El Panteón ya existe y antaño fué una iglesia. Cuando Víctor Hugo murió y Francia lo deificó, fué necesario, naturalmente, buscar un templo para alojar al dios nuevo. La elección recayó sobre la iglesia de Santa Genoveva que, por lo demás, durante algunos años de la primera República, ya constituyó un Panteón consagrado (según la inscripción que la adorna) a *los grandes hombres por la patria agradecida*. Yo que soy un hugólatra impenitente, no me quejo de que se despojase así a Santa Genoveva.

La iglesia no guardaba el cuerpo de la Santa; tenía apenas su nombre. La gloriosa Patrona de París ya disfrutó de largos siglos de adoración, y su santidad, perfectamente establecida en las almas, no necesita la comprobación material de un altar. Víctor

Hugo es un dios moderno; y convenía que, de este modo visible y comprensible a las inteligencias sencillas, fuese consagrado lo que en su genio había de inconsciente y divino. La iglesia del Panteón, pues, cuya cúpula es una de las líneas aéreas más familiares de París, se convirtió en el mausoleo del poeta de *La Leyenda de los Siglos*. Yacen allí también, a lo que parece, en el fondo de criptas mal conocidas, los huesos de Voltaire y de Rousseau. Pero esos restos de los dos precursores, colocados devotamente en el Panteón por la Revolución, después arrancados de allí con rencor por la Restauración y arrojados a nichos inciertos, luégo recogidos aprisa y con entusiasmo confuso por la República de 1848, no tienen autenticidad. Y las reliquias de los dos filósofos naturalistas, expuestas a la veneración indolente de la Democracia, son menos genuinas que las reliquias de los santos de que tanto se rieron ellos en el siglo en que se reía. Nadie sube a la montaña de Santa Genoveva para visitar con convicción a Voltaire o a Rousseau.

Pero ahora muere Renan. Y Francia sin grandes disidencias, procede a su canonización secular. El autor de «La vida de Jesús» era sin duda alguna, un gran hombre: o más bien contenía en sí algunos hombres (un heresiarca, un artista, un arqueólogo, un moralista, un metafísico y un sacerdote, todos ellos distintos y superiores) que pres-tándose unos a otros el auxilio de sus latitudes especiales, formaban la apariencia muy aceptable de un solo gran hombre. El artista prestaba al erudito la gracia de su arte; el erudito comunicaba al artista la suculen-cia de su saber; el sacerdote endulzaba al heresiarca; el metafísico vivificaba al arqueólogo. Y todos contribuían así a construir un admirable Renan. Sin embargo, el hombre que dentro de Renan más ayudó a la gloria de Renan, fué el artista. Tenía el don inefable de cautivar a las muchedumbres, como Orfeo, sólo con arrancar a la lira unos sonos dulces y delicados. No creo que con ese simple tañer de melodía alada, edificase a la manera de Orfeo, ciuda-des duraderas; pero como Orfeo, fas-cinó con la lira a muchas piedras y

a muchas alimañas. En resumen, no obstante, era un razonable grande hombre. Y como además de eso, fué un justo, algunos dicen que hasta fué un santo, y ampliamente merece la canonización.

Canonizado, debía recogerse, naturalmente, en el Panteón. Mas, desde luego, el Panteón dejaba de ser un santuario privilegiado de Hugo, Dios único de nuestras letras. Y desde que así se abría la puerta, democráticamente, a otros dioses, era lógico que se dejaran penetrar al santuario a todos aquellos en quienes la multitud hubiera reconocido la señal de la divinidad. El Estado, por lo tanto, declaró el Panteón accesible a todos los grandes hombres de Francia.

Pero inmediatamente surgió esta terrible duda: ¿Quiénes son, realmente los grandes hombres de Francia? Y después, otra duda más perturbadora: ¿Cómo se reconoce un gran hombre? ¿qué es un grande hombre?

El Gobierno del Sr. Carnot (en el cual hay filósofos y humanistas de la Escuela Normal), ya tiene una opinión muy nítida y ya la formuló en un

decreto. Nombró ya por decreto a tres grandes hombres. Esos tres grandes hombres (los únicos, por ahora, que Francia posee oficialmente), a quienes se consagró, como un triunfo póstumo, en el Panteón, son: Renan, Michelet y Quinet. Y según los considerandos del decreto, la grandeza es atribuida a estos tres hombres, «por haber ellos defendido el libre pensamiento» y luchado en pro de la razón contra la fe. De suerte que, según la definición oficial, grande hombre es aquel que ataca superiormente al catolicismo y a la Iglesia. Sin embargo, este decreto de grandeza que desde luego excluye de entre los grandes hombres de Francia a Pascal y Bossuet, es por otro lado injusto, porque no comprende, entre otros, al supremo paladín de la razón contra la fe, al heroico Proudhon. ¿Por qué? Porque Proudhon fué un socialista militante. Luego, según el Gobierno, gran hombre en Francia, es aquel que ataca a la Iglesia dentro de un liberalismo metódico y ordenado. Hay espíritus exigentes que consideran esta regla como intolerablemente banal.

Por lo menos, es una regla nacida de un sectarismo muy estrecho y muy seco. Y por eso de todos lados surgieron reclamaciones impacientes. El Sr. León Say y otros académicos del Centro Izquierdo, pidieron inmediatamente que a esos tres grandes hombres insuficientes se adicionase otro, el mayor entre todos: Thiers, preceptor de la tercera República y libertador del territorio.... (La cuñada del Sr. Thiers acudió, sin embargo, suplicando al Estado que no perturbase los restos de ese hombre ilustre). Pero ya poetas y literatos declaraban con vivacidad que nunca sería comprensible un Panteón donde no estuviese Lamartine. ¡Y simultáneamente la Academia de Medicina protestó, con indignación, contra una ley que excluía de la grandeza al único hombre verdaderamente grande que Francia tuvo en este siglo, CLAUDIO BERNARD, EL PADRE DE LA FISIOLÓGIA!

A este tiempo ya los novelistas preguntaban con acritud si Francia en su distribución de glorias póstumas, iba a olvidar a Balzac. Y los músicos acudían también clamando contra la

indignidad de no abrir el Panteón para Berlioz. Nadie, sin embargo, reclamó con más alarido que los pintores que consideraban una ofensa al arte francés el no concederse la canonización secular al gran Delacroix y al gran Meissonnier! . . . .

A más de estas reivindicaciones de clases (porque vinieron los químicos, los ingenieros, los militares, los anticuarios, los matemáticos, los economistas, etc.), otras surgieron individuales, todas justas y persuadidas. ¿Cómo? ¿Será posible, entre los grandes hombres, no colocar al punto en el mejor pedestal a Chateaubriand? ¿Y a Champollion que descifró los jeroglíficos de los monumentos de Egipto y reveló al mundo la antigüedad faraónica? Indudablemente Champollion es grande. . . . Pero ¿y el mariscal Bugeaud, (1) que conquistando la Argelia dió a Francia una colonia magnífica? ¿Y qué es eso delante de Arago, el astrónomo que a través de los espacios descubrió

---

(1) Bugeaud de la Piconnerie, quien tomó por divisa, para su obra de colonización, las palabras latinas *ense et aratro*: mediante la espada y el arado.

mundos y completó el mapa del cielo?(1)  
¿Y Guizot? ¿Vamos a dejar a Guizot  
sin grandeza a la puerta del Panteón?  
Habláis, amigos, y todavía os olvidáis  
del mayor.... En efecto, nadie se  
acordaba de AUGUSTO COMTE. De acuer-  
do.... Augusto Comte.... Pero que la  
consagración de grande hombre sea  
también otorgada al viejo Alejandro  
Dumas.... Y así, por la patente jus-  
ticia de todas estas reclamaciones, el  
Estado, aturdido, dedujo que no habría  
jamás Panteón donde cupiesen tantos  
grandes hombres de Francia.

De aquí proviene la necesidad de  
una selección severa. E inmediatamente  
reaparece la dificultad inquietante y  
angustiosa.

—¿Quiénes son realmente los gran-  
des hombres de Francia? ¿En qué sig-  
no se reconoce a un grande hombre?

La definición del «grande hombre»  
está hecha ya y con exactitud.

---

(1) Perdone el lector estas mis interrupciones  
al pie de página. En cuanto a humor, severidad y  
saber, todo Arago está retratado en la siguiente  
expresión de sus contemporáneos: «No es posible  
estar al lado de Arago en el Observatorio, ni es  
posible hacer algo sin Arago en el Observatorio».

El gran hombre es aquél que por el raciocinio alcanzó mayor suma de verdad, o por la imaginación mayores formas de belleza, o por la acción más altos resultados que todos sus contemporáneos en la latitud de su siglo. Esta obra superior en verdad, en belleza, en bondad o en utilidad, es producida por un *no sé qué* que posee el grande hombre, que se llama *genio*, cuya naturaleza no está suficientemente explicada, pero que constituye una fuerza infinitamente mayor que el simple talento, que el simple buen gusto o que la simple virtud.

Dada, sin embargo, la definición, seguimos con las mismas dificultades; y nunca podremos, sólo por ella, hacer la lista de grandes hombres del siglo XIX. Sistemas de raciocinio que hace cincuenta años parecían definitivos, formas de belleza que hace cincuenta años parecían perfectas, están hoy en abandono, en desprestigio. Y hechos de hombres, grandes por la acción, y que en su tiempo pasaban por hechos sublimes, vinieron por fin a ser maldecidos porque en definitiva sólo acarreaban desastres. (*Vide Napoleón*).

La única regla tal vez segura para decretar que alguien es un grande hombre será el entusiasmo de la multitud. No la popularidad—porque entonces el mayor francés del siglo XIX sería tal vez Offenbach (*proh, pudor!*); sino ese entusiasmo inconsciente, casi religioso, semi-nacido de la adivinación, que hace exclamar sin pruebas, sin elementos de juicio sólido: «Aquel es un grande hombre.» Esa vaga *vox populi* es tal vez el indicio más cierto de la presencia del Dios.(1)

---

(1) Y aquí corto el artículo. Lo que sigue en el original desbarata la parte reproducida. No es fácil comprender la diferencia que haya entre *la popularidad* y el entusiasmo sin elementos de juicio sólido del pueblo. En todo caso, si la inconsciente y vaga *vox populi* fuera el indicio más cierto de la presencia del dios, solamente Víctor Hugo llenaría la lista de los grandes hombres de Francia en el siglo pasado: quedarían excluidos los citados en este artículo y los muchos no citados: el físico Carnot, los químicos Dumas y Berthelot, Pasteur, etc.

E. J. R.

# Reproducción

Tomo VI—Nos. 96 a 111  
30 de Junio de 1923 a 25 de Julio de 1924

## INDICE DE AUTORES

Amiel	Espiritu personal .....	334
«Azorín»	Toros .....	261
Bandini, A. R.	Comunismo .....	371
Barthélemy .....	(bis)	232
Bastiat .....	(bis)	232
Belloc, H.	Estulticia contemporánea .....	353
Benavente, Jacinto	Oración .....	53
Bonaparte, L. N. ....		464
Bouasse	Einstein .....	260
Bryce .....		131
Cabrera, Blas	Relatividad .....	255
Candee Dean, J.	El individuo .....	(bis) 408
Caso, Antonio	El normalista .....	253
Comte, Augusto	El método .....	435
Coolidge, Calvin	Sentencias .....	411

Crane, Frank		
	Juventud .....	57
Chartreuil, A. de		
	Pequeñez de la política .....	54
Chocano, José Santos		
	Sociología .....	93
Dewey, J.		
	Base de la moral .....	366
Dickinson, Ed.		
	Compositores «alemanes» .....	351
Elguero, José		
	Desastre mexicano .....	161
Eliot, Ch. W. ....	(bis)	492
Epicteto .....		67
<i>Excelsior</i>		
	Apuros de Vasconcelos .....	166
Faguet .....		120
«France, Anatole» .....		56
Fitch .....		297
George, H.		
	Reforma social .....	54
Gibbons .....		56
Goethe .....		351
Gowen, H. H.		
	Libertad y eficiencia .....	325
Hadley		
	Caridad indiscreta .....	372
Heine .....		327
Hugo, Victor		
	Simpatía .....	433
Huntington, Ellsworth		
	Ciencia de la ciudadanía .....	172
Hutchinson, Woods		
	Glándulas endocrinas .....	263

II

Ingenieros, J.		
	Descenso mundial .....	(bis) 160
Jacks, L. P.		
	Ciencia y necios .....	437
Janes, J. M.		
	Problema social .....	372
Jiménez Rojas, Alfonso		
	Suerte del consorte sobreviviente	414
Jiménez Rojas, Elías		
	Recetas, etc. ....	26
	Feminismo .....	48
	Sufragio, <i>jus sanguinis</i> , medicina	86
	Glándulas .....	295
	Programa .....	322
	Las multít. y los escog. 375 y	436
	Coolidge .....	409
	Maternidad .....	423
	Poder de Dios .....	430
	Relojes .....	433
	Aspirina .....	459
	Otras pequeñas notas.....	36 111
		127-141-166-190
		198-224-231-344
		347-352-366-439
		465-487
Kant . . . . .		330
Kennedy, J.		
	La pedagogía como profesión..	297
Keppel, F. P.		
	Erudición y guerra .....	381
Laclau, N. C.		
	Ortega y Gasset .....	157
Le Berquier		
	Democracia.....	56
Leibnitz		(bis) 492
Lucrecio		445
Lumière, Augusto		
	Premonición en el sueño .....	465

Macaulay	Democracia .....	112
Magee (Obispo)	La libertad .....	332
Maeztu, Ramiro de .....		461
Marco Aurelio .....		37
Marchoux	Descendencia numerosa .....	428
Mayo Metcalf, Maynard	El Estado alemán .....	345
McBain	Libertad individual .....	351
McChord Crothers, S.	El deseo de ser otro .....	233
McDonald, Arturo	Coolidge .....	409
Meckling, J. M.	Tiranía de la mediocridad .....	121
Merz, Ch.	Chimeneas en el Edén... 96 y	142
Ortega y Gasset .....		159
Ostrogorski	Sufragio .....	117
Palcos, Alberto	Centenario de Renan .....	201
Paris, Gastón .....		464
Proudhon	Enseñanza gratuita .....	(bis) 232
	Nervio de la democracia... (bis)	352
Queiroz, Eça de	El Panteón .....	477
Ramón y Cajal	Diversos .....	198

Renan		
	Una nación .....	84
	Diversos .....	201 y 463
Replier, Agnes		
	Los aliados en la paz .....	59
Robins Pennell, E.		
	Latas de basura .....	1
Ross .....		179
Sánchez, Felipe		
	¡A mi madre! .....	462
Sanín Cano, B.		
	Naciones pequeñas .....	197
Smith, Adam		
	El propio interés .....	372
Stoddard, L.		
	Igualdad .....	109
Terán, J. B.		
	Maestros y cultura .....	35
Terencio .....	(bis)	464
<i>The Boston Herald</i>		
	Harding .....	(bis) 120
Tocqueville, de		
	Democracia .....	122
Tomás de Aquino		
	¡Júzgate! .....	70
Ulloa, Alberto		
	Ruy Barbosa .....	85
Vaz Ferreira, Carlos		
	¡No te cesarices! .....	29
Voltaire		
	Arte del gobierno .....	(bis) 352
Wilkes Wright, H.		
	Los libros son voces vivas. ...	24
	Las letras—El sindicalismo ....	44

\*  
\* \*

Cuando un hombre se encuentra bien dispuesto, debe formarse reglas para el porvenir y ejecutarlas después escrupulosamente.

LEIBNITZ

\*  
\* \*

La guerra ha revelado a la masa del pueblo algo que hasta entonces pocos conocían: que el testimonio de los hombres es generalmente digno de poca fe, no tanto porque el individuo pretenda engañar, sino porque no sabe ver, oír o describir correctamente lo que sucede en su presencia.

\*  
\* \*

Lo peor que puede hacer un maestro con los estudiantes encomendados a su cuidado es tratar de mantenerlos juntos en sus adelantos o triunfos escolares, demorando a los inteligentes e impulsando a los menos hábiles.

CHARLES W. ELIOT  
ex-rector de Harvard University

Si Ud. desea leer con regularidad esta revista, sírvase acusarnos recibo de tiempo en tiempo, siquiera dos veces al año. Basta con que nos envíe su tarjeta de visita.

